

dad, situándolo en el punto de vista más adecuado para ser entendido por un lector moderno.

Alonso nos habla de los poetas medievales y renacentistas en desamparo: Juan Ruiz, López de Ayala, Fray Luis. Los tres pasaron por la cárcel. El tema de la cárcel en Juan Ruiz es auténtico, no simbólico (pp. 383 y ss.).

Cuestiones críticas dispersas en sus páginas, en las que a veces adopta una actitud ecléctica entre estilística y positivismo (pp. 381-382) («Para el crítico que no pertenece ni a la “una” ni a la “otra” crítica [...]» p. 382). El humanismo es la verdadera actitud crítica que detectamos en Dámaso Alonso. Humanismo que se entronca con las corrientes de su época: el positivismo de Pidal, la estilística de Spitzer —practicada tan bellamente por su hermano Amado Alonso a quien dedicará un artículo en su recuerdo—, la temática de Salinas.

Alonso gira en torno a una serie de problemas intelectuales que le preocupan. Vuelve sobre la cultura árabe y europea, ahora en Juan Ruiz (pp. 399 y ss.). Relectura también de clásicos de la Edad Media, como el Arcipreste de Talavera (pp. 443 y ss.), entre moralista y novelista. Por encima de la fría documentación y los empolvados legajos, pero edificando sobre ellos, nos da una visión objetiva y apasionada, llena de entrañable calor humano. La sátira medieval es así un precedente de la novela moderna (pp. 445-446), a través del monólogo y el diálogo.

Resucita también a clásicos menos conocidos como Fray Ambrosio de Montesino y Fernández de Heredia. Labor de difusión de la cultura, promotor de nombres olvidados. Bellos villancicos de Montesino que recoge. Visión lírica de la obra de Gil Vicente también (pp. 453 y ss.) y sus canciones portuguesas y castellanas. Gusto poético en la selección de versos de este autor (pp. 465 y ss.), cuyos precedentes dramáticos también recoge, aunando de nuevo positivismo y estilística (pp. 469 y ss. sobre lusismos; p. 475 sobre precedentes de su teatro).

Elogia la edición, soberbia —¿cuándo se reeditará esta obra admirable?— de Gillet de la obra de Torres Naharro (p. 481, n. 2). Conoce los cimientos de sabiduría crítica de la época. Pero maneja la documentación hacia los fines que le dicta su sentimiento crítico, pero siempre con objetividad y calor humano a la vez, difícil síntesis, imposible equilibrio.

Junto a todo esto, hay espacio para la poesía contemporánea, y es consciente de que el 27 —generación a la que Dámaso Alonso pertenece por derecho y de hecho— inaugura un período áureo de nuestra literatura (pp. 491 y ss.). Indica: «quien no participa en la comprensión del arte de su época, difícilmente comprenderá el antiguo» (p. 491). De aquí surge una nueva visión de Garcilaso, por ejemplo —también luego de Góngora, etc.—: «Garcilaso no es arqueología, es un poeta moderno. En cierto sentido, el primer poeta moderno europeo» (p. 497). Esta resurrección de los clásicos nunca se la agradeceremos bastante a don Dámaso. Nótese el gran camino que hemos andado: reconoce por ejemplo que hacia 1850 literalmente no se sabía lo que era la lírica de España (p. 495), salvo el Siglo de Oro. Lo que hoy sabemos de nuestra literatura lo debemos, según nuestra particular opinión, a tres grandes maestros: Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal y Dámaso Alonso. A través de ellos ha surgido toda una gran familia de investigadores, cuya herencia van recogiendo los críticos actuales que van tomando el

relevo. Quizás sólo desde el 98 —además del precedente de Menéndez y Pelayo—, hemos aprendido a amar nuestro pasado literario. Y aún nos encontramos en el comienzo de una gigantesca labor crítica, que es obra de varias generaciones anteriores, y lo será todavía de varias de las que nos prosigan. Para cuándo, por ejemplo, una buena edición crítica de la prosa de Quevedo —Blecua nos ha legado la de su poesía; algunos insignes tratadistas, como Lázaro Carreter, la de aspectos parciales como *El Buscón*, pero queda mucho por hacer—. Cuándo una edición completa de Lope —reconociendo los esfuerzos de don Marcelino y de Cotarelo—. Cuándo una reedición completa adecuada de Góngora, de Calderón... Podríamos seguir. Hasta las grandes figuras del Siglo de Oro esperan su turno, la dedicación de un crítico que les ofrezca su vida, como Dámaso Alonso a Góngora...

La opinión de Dámaso Alonso sobre nuestro romanticismo no es muy halagüeña (p. 502). En este terreno no queremos entrar, pero sí señalar la necesidad de un replanteamiento, desde las raíces del XVIII, que ya ha comenzado a hacerse.

Y Alonso llega así a uno de sus poetas preferidos: Garcilaso (pp. 513 y ss.). El es símbolo de la modernidad (p. 520), hito con Juan de Valdés (¡cómo hemos asimilado estas ideas!). Nos da la primera imagen del sentimiento de la literatura española, Garcilaso (p. 522). Alonso estudia su relación con Italia (pp. 526 y ss.), con Isabel de Freire, etc. Garcilaso, pintor del movimiento (p. 529). Bellísimo elogio de don Dámaso acerca del endecasílabo, como tan sólo haría un poeta (pp. 539 y ss.). Cotejo del tema de Ausonio en Garcilaso, Ronsard y Góngora. Destaca la técnica de correlación, etc., que luego resaltará al hablar de Góngora (p. 548, n. 1).

Descubre autores perdidos en el olvido injusto de la cultura, como los dos primeros madrileñistas (Fernández de Oviedo, Hurtado de Mendoza) (pp. 553 y ss.).

Incide en otra problemática importantísima: Erasmo y España. Algunos textos son anteriores a la aparición en castellano del libro de Bataillon. Coteja el texto de Erasmo con la traducción suavizada por el Arcediano del Alcor. Oscila entre las opiniones de Pidal y de Bonilla. Amplificación, glosa interpretativa, en la traducción. Alonso parte ya aquí de una base positivista, documentada, pero suma un análisis estilístico lleno de sensibilidad crítica. Estudia las ediciones de Erasmo en castellano (pp. 597 y ss.), con estilo sencillo y amenísimo toca temas de erudición, prestándoles un gran atractivo. (Ej., pp. 615 y ss. sobre *Paraclesis*, etc.). (Cfr. pp. 639-641 sobre el valor de Erasmo.) Rompe con tópicos (p. 645) acerca de Erasmo, cuyo auténtico sentido fija. Este trabajo es de 1932, y *Erasmo y España* de Bataillon es de 1937, traducido al español en 1950, libro que glosará y comentará (pp. 657 y ss.).

Se abrazan una vez más positivismo y estilística en su trabajo sobre Hurtado de Mendoza (pp. 680 y ss.).

De nuevo recalca en un poeta de su interés, fray Luis de León (pp. 767 y ss.), que ha encontrado, por cierto, un editor cuidadoso en el profesor Cristóbal Cuevas —véase su edición de *Los nombres de Cristo* en Editorial Cátedra, colección Letras Hispánicas—. (Esperamos la edición de su poesía por el profesor Blecua.)

Una vez más Alonso mezcla de manera originalísima los datos históricos con el calor de una aproximación estilística y su humanismo peculiar. Estos trabajos eran en su ma-

yor parte ya conocidos por la crítica, pero su relectura nos conduce de nuevo a la admiración hacia su autor.

Y San Juan de la Cruz (pp. 869 y ss.), poeta muy querido del 27 —véase el breve ensayo de Guillén en *Lenguaje y poesía*, etc.—. También aquí unas conocidas páginas nuevamente recopiladas. Dámaso Alonso es ahora más afectivo, el tema le retrotrae a su propia alma de poeta. Pero siempre la base objetiva de testimonios históricos. También una red de relaciones culturales sobre el camino que sigue la lírica desde la poesía italiana, a Garcilaso, fray Luis y San Juan. Estudia las huellas de Garcilaso en San Juan (pp. 895 y ss.) con el eslabón intermedio de la versión a lo divino de Sebastián de Córdoba que manejó San Juan (p. 898). Temas: el árbol, la fuente, el aire, la noche oscura, la amada, el fuego de amor vivo... (pp. 903 y ss.). De nuevo se enlazan una vez más crítica positiva, temática y estilística. Y además estudia la tradición castellana y bíblica en San Juan. Y su estilo: aquí una anotación teórica que recojo:

Estamos persiguiendo un estilo. Para mí, estilo es todo lo que individualiza a un ente literario: a una obra, a un escritor, a una época, a una literatura. El estilo es el único objeto de la crítica literaria. Y la misión verdadera de la historia de la literatura —esa lamentable necrópolis de nombres y de fechas— consiste en diferenciar, valorar, concatenar y seriar los estilos particulares. (Pág. 993.)

Quizás gracias a Dámaso Alonso hemos enterrado esa necrópolis literaria de nombres y fechas, para siempre.

En otro punto, más adelante:

(...) Habrá que interrumpir, pues, el procedimiento analítico, aunque sólo sea por un momento, para dejar obrar a la intuición. (...) (Pág. 1.004.)

Alonso no teme a la intuición, pero la suya está muy bien documentada, ya en los años 40 en que redacta estos trabajos.

No voy a descubrir aquí este importantísimo estudio, de todos conocido. Sólo incitar a su relectura, a volver sobre él. Junto a los trabajos sobre Góngora son quizás lo más excelso de don Dámaso, aunque, la verdad sea dicha, hay mucho donde elegir.

El volumen III de estas *Obras Completas* lleva por título *Estudios y ensayos sobre literatura. Segunda Parte*, 1974.

Contiene un trabajo sobre la recepción de *Os Luisiadas* en España (1579-1650). Y estudia la poesía del Siglo de Oro, rompiendo con el tópico de que España es un país sin lírica —tópico hoy olvidado entre otros, gracias a don Dámaso—. El milagro es Garcilaso nos dice (p. 53). Reflexiones ensayísticas de 1963 sobre la documentación que había fijado antes en los años 40. Es aquí Alonso más ensayístico, hay lugar para la evocación personal (pp. 69 y ss.), un peculiar estilo afectivo, a través de una serie de digresiones que tienen más valor testimonial que documental, y nos reflejan el aspecto entrañable del crítico-poeta. Luego, enseguida, con pudor de habernos mostrado su alma, vuelve a la documentación: un manuscrito sevillano de justas en honor de santos de 1584 a 1600 (pp. 75 y ss.). Dámaso Alonso no es sólo un poeta de acertada intuición crítica sino un riguroso investigador.

La parte central de este volumen creo es *Vida y obra de Medrano* (pp. 139 y ss.). Lamentablemente no recoge los textos de este autor, que en la edición original se in-